

Frente libertario

Madrid, 25 noviembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 638

LOS CAMINOS DEL MUNDO

España es hoy, y será en futuras contiendas, el punto donde se cruzan

Y de ahí que el fascismo quiera asegurarse el dominio en la Península

No vamos a ser tan ilusos como para creer que el mundo se interrumpa por la cuestión española, por simples y humanitarios motivos de altruismo, por sentir el dolor de que en algún lugar del universo caigan a millares los hombres y se originen destrucciones sin cuento; como tampoco caemos en la tontería de creer que los países fascistas ayuden a los rebeldes por simples afinidades ideológicas y por deseos de lograr que sus puntos de vista triunfen también en España. No; a estas alturas, suficientemente curados de todo sentimiento puramente espiritual, llegamos a la conclusión de que ni amigos ni enemigos obran desinteresadamente y que tanto unos como otros sólo actúan para pasar la factura, o para abrir una cuenta de crédito a su favor que les permita pasarla cuando sea llegado el momento oportuno.

En estas condiciones, hemos de mirar necesariamente al panorama mundial del futuro, para buscar las raíces de toda motivación de países extranjeros en relación con su actuación con respecto al problema español; y en este sentido vemos claro que la guerra española es una guerra previa a la futura guerra mundial; de la guerra española ha de salir del dominio de nuestra estratégica posición por uno o por otro de los futuros contendientes; y si no el dominio absoluto, cuando menos la seguridad de una colaboración firme que vale tanto como el dominio mismo. De ahí nuestra extrañeza y nuestro asombro ante la actitud incomprensible adoptada por las potencias occidentales.

Estas se han mantenido dentro de los términos cerrados de las normas de no intervención estipuladas y dispuestas por el malhadado Comité del mismo nombre y han contemplado estúpidamente impávidas cómo Alemania, Italia y Portugal empleaban todas sus fuerzas en favorecer de una manera abierta y descarada a los generales rebeldes. Y decimos que nos extraña semejante actitud; porque las democracias deben darse cuenta que si bien hoy, Franco y sus aliados extranjeros luchan contra el proletariado español, no ven en esta lucha una meta, sino simplemente un camino para colocarse en condiciones de luchar mañana contra la misma Inglaterra y contra la misma Francia con probabilidades de lograr el triunfo; lo que equivaldría al hundimiento definitivo de la democracia en el mundo y al imperio en todo el universo de los métodos y de la tiranía fascista.

Basta contemplar el mapa del mundo, basta considerar serenamente cuáles pueden ser los futuros beligerantes, cuáles serán las naciones que formen al lado del fascismo y cuáles las que salgan en defensa de la libertad, para

advertir la verdad de lo que acabamos de decir. Por una parte, Alemania e Italia; por otra, en el occidente europeo, Inglaterra y Francia. Ahora bien; de estas dos últimas, ambas, necesitan abiertas las rutas de comunicación con sus colonias; de otra manera su fracaso, su derrota, puede darse por decontada. Si Inglaterra puede defenderse con los recursos que le facilite la tierra metropolitana, ni Francia está en condiciones de resistir triunfalmente la acometida italoalemana si se tiene que limitar a los medios que se encuentren o se habiliten en su tierra europea. Pues bien: España significa el cierre de las comunicaciones o la apertura de las mismas. El papel de España, en la guerra futura, que inexorablemente llegará, si se pone al lado de las democracias, quiere decir que asegure a éstas la libertad de sus caminos coloniales: el Mediterráneo, occidental libre y perfectamente dominado por las democracias; las rutas atlánticas hacia el África limpias de todo peligro; y la frontera francesa de los Pirineos libre también de peligro, y sin necesidad, por consiguiente, de vigilancia alguna.

Supongamos, por el contrario, que España llegara a caer dentro de la órbita de influencia de los países fascistas; bastaría, para ello, no que éstos

se establecieran definitivamente en nuestro suelo, sino que se aseguraran la colaboración de los rebeldes triunfantes en España, colaboración que tienen desde hoy mismo asegurada. Eso significaba colocar a Italia en condiciones de dominar en el Mediterráneo, por medio de las Baleares, de nuestras costas occidentales y de las demás posiciones estratégicas con que Italia cuenta en la actualidad en el mar acabado de mencionar. Con esto, Francia, aislada de África, e Inglaterra con el camino de las Indias cerrado a piedra y lodo. Pero no es esto solo. Es que la navegación por el Atlántico se volvería sumamente peligrosa para los aliados, pues los submarinos alemanes, desplazándose a nuestros puertos del Cantábrico y del Atlántico, contarían con bases magníficas para operar y para amenazar seriamente a todos los buques que doblasen Finisterre. Y finalmente, con una España aliada de los países fascistas, Francia vería amenazada de una manera inmediata y directa su retaguardia, y se vería en la necesidad de colocar en los Pirineos un ejército que no podría bajar de los dos millones de hombres, si quería contar con posibilidades de éxito.

Y esto es lo que no han sido capaces de comprender Francia e Inglaterra. Esto, que parece tan sencillo, que tan sencillo es realmente, escapa a la comprensión de los conservadores ingleses, de los capitalistas y burgueses de Francia, que, cegados por sus intereses de clase, olvidan sus intereses nacionales y no aciertan a comprender que pretendiendo defender aquéllos, los hundirán definitivamente, rindiéndolos a los pies del fascismo, al hundirse su propia posibilidad de existencia como países independientes y libres.

¿Revive la clase media?

Algún sector republicano ha tomado a su cargo el resurgimiento de la clase media.

Nos da el tema motivo para hablar de nuevo de la tan traída y llevada clase media, especie de comodín con la que han especulado en todas las épocas las fuerzas burguesas, precisamente porque supieron que la citada clase no tuvo nunca una línea y meta fijas.

Antes de seguir, digamos que la Historia de España, que permitirá todos los ciclos que sus biógrafos quieran, va a poder dividirse en dos grandes etapas: hasta el 18 de julio de 1936, y después del 18 de julio de 1936. La guerra, con todas sus miserias y sus grandezas, es una conmoción tan profunda que revolucionará todos los extratos sociales. Con el que así no lo vea, no vale la pena de discutir. Tiene una cos-

tra que no se ha conmovido con la metralla de la gran tragedia. Ha pasado por la guerra como un fósil y carece de sistema nervioso.

La clase media era, hasta el 18 de julio de 1936. Pretenciosa, queriendo situarse tan alejada de la clase obrera, demasiado sucia y harapienta, como de la clase capitalista, extremadamente orgullosa y altiva, se hundió en la esclavitud más lamentable: la de desperdigarse en individualidades que aspiraban a gozar las comodidades de los ricos, sin comprender que no pasaban de ser sus lacayos despreciables. Y el 18 de julio de 1936 sufrió la clase media, en pleno rostro, un salvazo despreciativo de los poderosos. Ella, que se pasó la vida siendo mediadora entre el capital y el trabajo, se vió echada en manos del trabajo y abandonada por el capital. Los señores, para sublevarse, no necesitaban de lacayos.

Tuvo la clase media un momento de lucidez y de recobro. Se sintió despreciada, sin conciencia, sin norte, aver-

gonzada de su pasado y sin vigor para forjar un porvenir. Y viéndose proletaria al contemplar su cuerpo desnudo, de productora, sin galas ni disfraces que deformaban su espíritu, se vinculó al pueblo formando en las filas de los trabajadores. Empezó por vestir como ellos, sin alifon, los trató en los Sindicatos, los vió rudos, pero francos, y empezó a conocer la fortaleza admirable que encerraban luchadores que tenían una vida cuajada de sacrificios y torturas. Se sintieron los productores de la clase media empujados, cuando en realidad nunca tuvieron mayor estatura. Es que, hasta después de julio de 1936 no se habían puesto al lado de los auténticos trabajadores y no habían tenido ocasión de medirse.

Los productores de la clase media que se han encontrado a sí mismos, están hoy muy a gusto en los Sindicatos, departiendo con los trabajadores de igual a igual y reconociendo que no tienen otros problemas que los propios de su clase productora. ¿Se quiere hurgar en su vanidad haciéndoles creer que deben constituir clase y desvincularse de la proletaria? Que piensen en lo que van a perder y en lo que les costó hallar su verdadera ruta. Que vean si la fuerza efímera y siempre vacilante que les ofrecen, podrá en algún momento compararse con la fuerza arrolladora que tiene y tendrá, como consecuencia de su victoria, la clase proletaria. Que piensen si sus afanes políticos no pueden desenvolverse, con amplio margen, en el seno de los Sindicatos. Que mediten si sus afanes sociales, de trabajadores, de productores, podrán defenderse desde otro campo.

Ya pasó la clase media por la vergüenza de verse sola y abandonada de todos, como correspondía al aislamiento que protegieron las clases burguesas. Que no vuelva, a creerse superior a nadie, ni inferior a ninguno. Hoy tiene conciencia de su misión porque ha comprobado que nada tiene que hacer fuera de la clase trabajadora. Resurgir como clase, para volver a ser el comodín de fuerzas sin futuro, sería renunciar a todas las enseñanzas que ha recibido de la gran tragedia que asiste.



Visado por la censura

Para que con arreglo a las cláusulas del Plan de Londres pueda concederse la beligerancia, es necesario que abandonen el territorio español todos los extranjeros que luchan al lado de los rebeldes

La discusión en torno de la concesión de la beligerancia a Franco y a sus secuaces ha adquirido, con motivo de las conversaciones franco-inglesas de París, rango de primerísima actualidad. Todo se vuelve hacer cábalas en torno a la supuesta, o por lo menos posible concesión de beligerancia a Franco por los Gobiernos de Francia y de Inglaterra; y los comentarios suceden a los comentarios y nadie parece acordarse que, según las cláusulas del convenio de Londres, patrocinado por los Gobiernos de Inglaterra y de Francia y que cuenta con la ratificación de dieciséis países, prevee la realización de una serie de condiciones previas para que tal beligerancia pueda ser concedida.

La concesión de la beligerancia fue prevista en el plan elaborado por el Comité de no intervención; según ese plan la retirada del suelo español de todos los combatientes extranjeros era condición previa para que se pudiera tratar de la beligerancia; y nosotros, aun sabiendo que en nada nos es favorable el plan del Comité de no intervención, nos remitimos a sus mismas palabras para decir claramente que todo lo que sea hablar de beligerancia con los rebeldes antes de cumplir las condiciones previstas y exigidas por aquel plan, es realizar una nueva extralimitación y sancionar una vez más a la injusticia y al desconocimiento de las normas de derecho como elemento básico de toda la política internacional de la época.

Háblase, por otra parte, de una retirada proporcional de voluntarios tanto por parte de los rebeldes como por parte del Gobierno legítimo de España; ahora bien; como resulta que el

Gobierno de la República ha retirado voluntariamente y por propia iniciativa todos los luchadores extranjeros que combatían en nuestras filas, es lógico y natural que, para que pueda ser concedida la beligerancia a Franco es necesario que éste retire de España también a todos los combatientes extranjeros que luchan contra los trabajadores españoles; lo que equivale a decir que en tanto Franco no prescinda de la colaboración de los italianos, alemanes, portugueses, moros y aventureros de todas clases que figuran en su ejército. Tan solo cuando esto se haya realizado se habrá cumplido la condición prevista en el plan de Londres, y sólo entonces podría hablarse de la concesión de la beligerancia a los rebeldes.

Ahora bien, ¿han hecho algo de esto Franco y los suyos? ¿Han intentado hacerlo? ¿Piensan hacerlo? ¿Pueden hacerlo, sin perder definitivamente todas sus esperanzas de triunfo? Evidentemente, no. Y, por consiguiente, estimamos completamente fuera de lugar la concesión de beligerancia.

Pueden dársele a la cuestión todas las vueltas que se quiera; pueden utilizarse los que se pretenden llamar por los fascistas "argumentos"; pueden desconocerse las más elementales normas de Derecho Internacional, impidiendo el abastecimiento de un Gobierno legalmente constituido, auténtico representante de su pueblo; pueden cometerse los atropellos más inimaginables; pero lo que no puede hacerse, desde luego, es conceder la beligerancia a los rebeldes, sin pisotear las cláusulas del plan de Londres elaborado por los mismos que actualmente se están ocupando de esta cuestión.

política interna francesa desde que retornó Daladier de la capital de Baviera. El peligro de las colonias, puesto en el primer plano de la política de las reivindicaciones de Alemania, a pesar de las palabras eufóricas del "führer", el cual dijo que tal pleito no sería motivo de guerra, inquieta justamente al pueblo francés. Las oleadas de barbarie y crimen que ha sacudido a Alemania, lanzándose los mastines del latrocinio estatal sobre las fortunas de los judíos, haciendo pagar a millón cada onza de carne del diplomático alemán muerto en París, ha servido para lanzar su alerta a los franceses, advirtiéndoles de lo inútil que esperar nada bueno de su enemigo del otro lado del Rhin, a pesar de aquel brindis en finas copas de cristal de Bohemia, colmadas del riquísimo vino del Rhin, como asimismo aquella merienda en la cervicería del real palacio muniqués. Los brindis quedaron en palabras, replicando a las garantías de pacificación con ese reto a la sensibilidad del mundo, asesinando y robando a mansalva, aunque el robo se legalice en forma de multa, y para su mejor pago se den las facilidades de los plazos. Este hecho, más que todas las reservas mentales con que Hitler habló de paz y de inteligencia en Munich, revela que nada se puede esperar de los que faltan a su palabra, conculcan todos los acuerdos y se rien de los que, cobardemente, los suscribieron, no para obligar a los firmantes a cumplirlos, sino para disimular y hacer la vista gorda cuando fueran conculcados, como ha sucedido con el problema de los sudetes. Mister Eden dijo que si las pretensiones de Godesberg hicieron imposible la continuación del diálogo con el sátrapa germano, luego han sido rebasadas, con transgresión del acuerdo de Munich, y tanto Francia

como Inglaterra han guardado silencio ante tal manera de animar a los pueblos a tener confianza en los que llevan dos años y medio largos engañando al mundo, porque así lo quieren las marionetas de la política franco-inglesa.

Y ante estos hechos, una vez más nos preguntamos: ¿hasta dónde será capaz de llegar Daladier? — recordemos que durante el pleito checo se decía a cada transigencia que ya no se podía ir más lejos, para unos días después rebasar esta fase que se creyó termi-

nal—, luego de todas las inconsciencias cobardías y humillaciones sufridas por Inglaterra y Francia, pero principalmente por ésta, ya que es su seguridad la que ahora está en peligro?

La nueva entrevista, como antes decimos, no ha podido ser más desafortunada: tormenta en el Canal de la Mancha, muerte violenta del piloto que llevó a Chamberlain a Munich y silbidos mientras se deslizaba el auto del "premier" por los bulevares de París, camino de la Embajada inglesa.

El racismo y la hipocresía del mundo

Múltiples han sido las protestas que se han alzado en el mundo entero contra las crueles e injustas medidas que el nazismo alemán ha adoptado contra los judíos; pretenden Hitler y los suyos hacer cargar a todo el pueblo judío con la responsabilidad que pueda derivarse del hecho de que un secretario de la Embajada alemana haya sido asesinado en París. Y aun prescindiendo de que no aparece demasiado claro la razón por la cual fué asesinado el mencionado diplomático alemán, ya que no se sabe con certeza si fué muerto, por ser nazi, o por ser precisamente todo lo contrario. Lo cierto es que se ha utilizado ese motivo como pretendida justificación de una serie de medidas drásticas contra los judíos que vivían en Alemania: encarcelamientos, asaltos, asesinatos, incendios, atropellos de todas clases, multas colectivas... todos los resortes de persecución han sido movilizados por los nazis, desatándose en una furiosa ola de injusticias de crímenes y de atropellos contra los judíos. Nosotros, condenando rotundamente semejante actuación, que no vacilamos en calificar de canalla, tenemos, sin embargo, que poner ciertas apostillas a los comentarios y a las actitudes que se han levantado en todo el mundo, protestando contra las brutales extralimitaciones de los nazistas.

De todas partes, de todos los confines del mundo surgen voces de protesta contra la actuación de los nazis; en todos los países se han publicado palabras de estos y de aquellos políticos condenando las atrocidades cometidas contra los judíos. Desde la Cámara de los Comunes se ha protestado contra ellas, con la misma energía y con idé-

nticos bríos con que se ha protestado en el más escondido villorrio del universo. Estamos conformes con esta actitud; pero al mismo tiempo no podemos por menos de calificarla de hipócrita. ¿Es que la persecución de los judíos es acaso la gran brutalidad del nazismo? ¿Es que no ha cometido barbaridades suficientes, y con bastante anterioridad, por cierto, para que esas actitudes condenatorias se hubiesen manifestado, hace muchos meses? ¿O es acaso que los judíos cuentan con mayores simpatías que los pueblos de España, China, Checoslovaquia y Austria, ponemos como ejemplo de pueblos cuyos derechos más elementales han sido desconocidos por la camarilla sanguinaria que hoy gobierna en Berlín? Es preciso que se adopten en todo momento posturas más acordes con la razón;

Porque nos parece bien, muy bien, que se proteste contra los atropellos que se están cometiendo contra los judíos; pero esa protesta hubiera tenido mucho más vigor si se hubiera empleado hace mucho tiempo, cuando comenzaron los nazis a cometer las primeras extralimitaciones y a perpetrar los primeros crímenes.

Porque nosotros, antifascistas y españoles, no podemos olvidar que quienes sienten estremecerse sus carnes ante los injustos y canallascos ataques que el fascismo hace a los judíos, llevan más de veintiocho meses contemplando impávidos los asesinatos de mujeres, niños y ancianos cometidos en tierras españolas por las armas alemanas.

Y es necesario que se sea sentimental siempre, o que no se sea nunca.

La declaración franco-alemana y la seguridad de la vecina República

Nos llega la noticia de que los centros oficiales franceses confirman que próximamente Francia y Alemania firmarán y publicarán una declaración de amistad semejante a la que se firmó en Munich, entre Chamberlain y Hitler. Y añaden, asimismo, que el documento comprenderá principalmente, aparte de la mencionada declaración de amistad entre los dos países, el reconocimiento de sus fronteras recíprocas y el compromiso de recurrir a consultas en caso de desacuerdos.

Hemos de declarar, por anticipado que la noticia no nos causa extrañeza, visto el giro que desde hace unos meses ha tomado la política franco-británica, abiertamente favorable a todas las pretensiones de los totalitarios. Quienes transigieron por la indignidad de Munich no pueden dar lugar a actitudes enérgicas, sino sólo a mansedumbres de cordero ante la voz de sus pastores; ahora bien; ¿qué seguridad representa para Francia la futura declaración de amistad franco-alemana? Creemos firmemente que ninguna. Hitler ha demostrado sobradamente que es capaz de saltar por encima de todos los pactos firmados y por firmar en el mismo momento en que tales pactos constituyen un obstáculo para sus ambiciones imperialistas; y en estas con-

diciones, con la declaración franco-alemana, Francia conseguirá únicamente un nuevo papel mojado que añadir a los muchos que ya tiene en idénticas condiciones. Pero de eso, a decir que los intereses franceses quedan suficientemente salvaguardados, media un abismo.

Es posible, incluso, que Alemania no apriete demasiado a sus nuevos amigos en las cuestiones que inmediatamente pudieran plantearse; es incluso de esperar que se muestre transigente en ciertos aspectos; pero esto no desvirtúa de ninguna manera la finalidad imperialista del nazismo alemán, ni aminora sus ansias de revancha. El hecho de que en la actualidad tenga el fascismo planteados numerosos y graves problemas da lugar a estas manifestaciones amistosas; pero en el mismo momento en que vea consolidadas sus posiciones, volverá nuevamente a la carga con más bríos que nunca. Y entonces es posible, más aun, seguro, que todas las actuales declaraciones de amistad vayan a terminar en el cesto de los papeles.

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. T.



Tormenta en el Canal de la Mancha, muerte del piloto de Chamberlain y silbidos

Con mal agüero ha comenzado esta nueva entrevista de París. Tormenta en el canal de la Mancha, muerte por accidente de aviación del capitán Robinson, piloto del avión que llevó a Chamberlain a Munich, y silbidos en vez de aquellos aplausos unánimes con que el pueblo de París recibió a los reyes de Inglaterra, cual si el tiempo transcurrido entre una y otra visita, no fuera de semanas sino de años. Este detalle es trascendental. No menos interesante es como fué recibido Daladier luego de la rota muniqués y cómo logró la unanimidad en el Parlamento; votando en bloque los socialistas la moción de confianza, para ahora, pasadas seis semanas, encontrarse con la opinión frente a su actuación, tanto en lo que respecta a los decretos-leyes como a la cuestión exterior, ostensiblemente puesta de manifiesto con la declaración de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara, pronunciándose contra todo lo que suponga entablar conversaciones respecto a las colonias, protectorados, mandatos y zonas de influencia francesa.

Todas estas manifestaciones revelan cuánto ha cambiado el panorama de la